

Turpiloquio a Eduardo sobre las inconsecuencias de la lengua castellana

¿Qué puede esperarse de noche
ni de día de las palabras?
¿Qué sésamos, cálamos,
términos, plúmulas, hipopótamos
nos pueden dar por veras o limosna?
Tú y yo, si nos sentamos a la mesa,
con las luces del gas suena la calle
y las palabras caen mojan rebotan
van a parar al suelo. (Van
rodando entre babosas y baldosas
hasta el hueco de la escalera. Miras
al tiempo, aquella mano
debajo de un abrigo.) ¿Pero qué pueden
decirnos entremedias las palabras?

Tú quieres entender y me desdices
apenas digo apenas,
me lees a Giusti, ráscasle la tiña
al alfabeto, ¿y es Roldán
quien suena en tu bolsillo el elefante?

Todos sabemos que las lesbianas son de Lesbos
¿pero quién sabe que sus ligas son de la Liguria
y sus senos de Tetuán?
¿Quién se atreve a desordenar el desorden,
a reorganizar el organismo?
Tenemos demasiadas patrias
para hablar a gusto un idioma,
y:
nuestras barbas son de Barbados,
los pelos del Peloponeso,
nuestras sienas, de Siena,
nuestras canas, del Canadá,
la caspa, del mar Caspio,
la cara, de Caracas,
y las venas, de Venezuela;
el colon, de Colombia,
los cartílagos, de Cartago,
los pies, de Andorra;
las ingles, de Inglaterra,
los intestinos, de Chicago,
la jeta, de Getafe,
y las extremidades, de Estremoz,
y así sucesivamente.